

180.

## ROMANCES DE DURANDARTE.

**Romance de Durandarte.—I.**

Durandarte, Durandarte,—buen caballero probado,  
yo te ruego que hablemos—en aquel tiempo pasado,  
y dime si se te acuerda—cuando fuiste enamorado,  
cuando en galas é invenciones—publicabas tu cuidado,  
cuando venciste á los moros—en campo por mí aplazado :  
ahora, desconocido,—di, ¿por qué me has olvidado?  
—Palabras son lisonjeras,—señora, de vuestro grado,  
que si yo mudanza hice—vos lo habeis todo causado,  
pues amastes á Gaiferos,—cuando yo fui desterrado;  
que si amor quereis conmigo—tenéislo muy mal pensado;  
que por no sufrir ultraje—moriré desesperado.—

(*Canc. de Constantina*, f. 63.—*Canc. general de 1511*.  
f. 137.—*Canc. de Rom. s. a.* f. 237.—*Canc. de Rom.*  
1550. f. 251.—*Silva de 550*. t. I. f. 161.)

181.

(Durandarte.—II)

**Romance de Oh Belerma.**

¡Oh Belerma! oh Belerma!—por mi mal fuiste engendada,  
que siete años te serví—sin de ti alcanzar nada;  
ahora que me querías—muero yo en esta batalla.  
No me pesa de mi muerte—aunque temprano me llama;  
mas pésame que de verte—y de servirte dejaba.  
¡Oh mi primo Montesinos!—lo que agora yo os rogaba,

que cuando yo fuere muerto—y mi ánima arrancada,  
vos lleveis mi corazon—adonde Belerma estaba,  
y servilda de mi parte,—como de vos yo esperaba,  
y traelde á la memoria—dos veces cada semana;  
y diréisle que se acuerde—cuán cara que me costaba;  
y dalde todas mis tierras—las que yo señoreaba;  
pues que yo á ella pierdo,—todo el bien con ella vaya.  
¡Montesinos, Montesinos!—¡mal me aqueja esta lanzada!  
el brazo traigo cansado,—y la mano del espada :  
traigo grandes las heridas,—mucha sangre derramada,  
los extremos tengo frios,—y el corazón me desmaya,  
los ojos que nos vieron ir—nunca nos verán en Francia.  
Abracéisme, Montesinos,—que ya se me sale el alma.  
De mis ojos ya no veo,—la lengua tengo turbada;  
yo vos doy todos mis cargos,—en vos yo los traspasaba.  
—El Señor en quien creéis—él oiga vuestra palabra (1).—  
Muerto yace Durandarte—al pié de una alta montañá,  
llorábalo Montesinos,—que á su muerte sé hallara :  
quitánçole está el almete,—desciéndole el espada;  
hácele la sepultura—con una pequeña daga;  
sacábale el corazon,—como él se lo jurara,  
para llevar á Belerma,—como él se lo mandara.  
Las palabras que le dice—de allá le salen del alma :  
—¡Oh mi primo Durandarte!—¡primo mio de mi alma!  
¡espada nunca vencida!—¡esfuerzo do (2) esfuerzo estaba!  
¡quien á vos mató, mi primo,—no sé por qué me dejara!

(*Canc. de Rom. s. a.* f. 254.—*Canc. de Rom.* 1550. f. 269.)

(1) Con este verso acaba el romance en el *Canc. de Rom. s. a.*

(2) \*De.\* *Canc.* de 1550.

182.

**Romance de Durandarte.—III.**

Muerto yace Durandarte—debajo (1) de una verde haya, con él está Montesinos—que en la muerte se hallara (2): la fuesa le está haciendo (3)—con una pequeña daga (4). Desenlázale el arnes (5),—el pecho le desarmaba; por el costado siniestro—el corazón le sacaba, volviéndolo (6) en un cendal,—de mirarlo no cesaba. Con palabras dolorosas—la vista solemnizaba: —¡Corazón del más valiente,—que en Francia ceñía espada, ahora seréis llevado—adonde Belerma estaba! Para dar clara señal (7)—de la verdadera llaga será hecho el sacrificio—que ella tanto deseaba del amador más leal,—á la más cruel y brava. Use clemencia en la muerte,—pues en vida os la robaba (8). ¡Si vuestra muerte le duele,—dichosa será la paga á quien está aguardando (9)—el contento de su dama, que hasta ver la licencia—el cuerpo muerto acompaña! Allegando Montesinos (10)—adonde Belerma estaba, le dice (11) con el semblante—que el dolor le convidaba: —Si la potencia de amor (12)—te ha rendido en su batalla,

(1) «Al pié» Timoneda, *Rosa de amores*.

(2) «Que en la su muerte se halla.» Tim.

(3) «Haciéndole está la fuesa.» Tim.

(4) «Con la punta de su daga» Tim.

(5) «El arnes le está quitando.» Tim.

(6) «Envolvióle.» Tim.

(7) Éste, y los cinco versos que

le siguen, faltan en el texto de Timoneda.

(8) «Vida la negaba.» Tim.

(9) También éste y los tres versos que le siguen faltan en el texto de Timoneda.

(10) «Llegó en esto Montesinos.» Tim.

(11) «Díjole.» Tim.

(12) Este verso y el que le sigue faltan en el texto de Timoneda.

muéstralo en saber que es muerto (1)—el que más que á sí te [amaba. Belerma con estas nuevas (2)—no menos que muerta estaba; mas despues que ya tornó,—entre sí se razonaba: —¡Mi buen señor Durandarte,—Dios perdona la tu alma, que según queda la mía,—presto te tendrá compañía! (3).

(Aquí comienzan dos rom. con sus glosas. El primero de Durandarte, etc. Pliego suelto del siglo xvi.—Timoneda, *Rosa de amores* (4).

(1) «Sepas, señora, que es muerto.» Tim.

(2) «Cata aquí su corazón que ante ti se presentaba.— Belerma con estas nuevas estas palabras hablaba: —¡Mi buen señor Durandarte, Dios perdona la tu alma!»

Timoneda.

(3) Los dos últimos versos faltan en el texto de Timoneda.

(4) En la *Floresta de var. rom.* hay la versión siguiente (que es la vulgar) de una parte de este romance:

Muerto yace Durandarte debajo una verde haya: con él está Montesinos, que en la su muerte se halla. Haciéndole está la fosa con una pequeña daga: quitándole está el almete, descendiéndole la espada; por el costado siniestro el corazón le sacara. Así hablara con él como cuándo vivo estaba:

—¡Corazón del más valiente que en Francia ceñía espada ahora seréis llevado adonde Belerma estaba!— Envolvióle en un cendal, y consigo lo llevaba. Entierra primero al primo; con gran llanto lamentaba la su tan temprana muerte y su suerte desdichada. Torna á subir en la yegua, su cara en agua bañada; pónese luego el almete y muy recio le enlazaba. No quiere ser conocido hasta hacer su embajada, y presentarle á Belerma, según que se le encargara, el sangriento corazón que á Durandarte sacara. Camina triste y penoso, ninguna cosa le agrada; por do quiere andar la yegua por allí deja que vaya; hasta que entró por París no sabe en qué parte estaba. Derecho va á los palacios adonde Belerma estaba.

183.

## ROMANCES DE LA BATALLA DE RONCESVALLES

**Romance que dice: Domingo era de Ramos. —I.**

Domingo era de Ramos,—la Pasion quieren decir,  
 cuando moros y cristianos—todos entran en la lid.  
 Ya desmayan los franceses,—ya comienzan de huir.  
 ¡Oh cuán bien los esforzaba—ese Roldan paladin!  
 —¡Vuelta, vuelta, los franceses,—con corazon, á la lid!  
 ¡mas vale morir por buenos,—que deshonrados vivir!—  
 Ya volvian los franceses—con corazon á la lid;  
 á los encuentros primeros—mataron sesenta mil.  
 Por las sierras de Altamira—huyendo va el rey Marsin,  
 caballero en una cebra,—no por mengua de rocin.  
 La sangre que dél corria—las yerbas hace teñir;  
 las voces que iba dando—al cielo quieren subir.  
 —¡Reniego de tí, Mahoma,—y de cuanto hice en tí!  
 Hícete cuerpo de plata,—piés y manos de un marfil;  
 hícete casa de Meca—donde adorasen en tí,  
 y por mas te honrar, Mahoma,—cabeza de oro te fiz.  
 Sesenta mil caballeros—á tí te los ofrecí;  
 mi mujer la reina mora—te ofreció treinta mil.

(Canc. de Rom. s. a. f. 229.—Canc. de Rom. 1550. f. 244.)

184.

(La batalla de Roncesvalles.—II.)

**Romance de doña Alda.**

En Paris está doña Alda—la esposa de don Roldan,  
 trescientas damas con ella—para la acompañar:  
 todas visten un vestido,—todas calzan un calzar,  
 todas comen á una mesa,—todas comian de un pan,  
 sino era doña Alda,—que era la mayoral.  
 Las ciento hilaban oro,—las ciento tejen cendal,  
 las ciento tañen instrumentos—para doña Alda holgar.  
 Al son de los instrumentos—doña Alda adormido se ha:  
 ensoñado habia un sueño,—un sueño de gran pesar.  
 Recordó despavorida—y con un pavor muy grande,  
 los gritos daba tan grandes,—que se oian en la ciudad.  
 Allí hablaron sus doncellas,—bien oiréis lo que dirán:  
 —¿Qué es aquesto, mi señora?—¿quién es el que os hizo mal?  
 —Un sueño soñé, doncellas,—que me ha dado gran pesar;  
 que me veía en un monte—en un desierto lugar:  
 de so los montes muy altos—un azor vide volar,  
 tras dél viene una aguililla—que lo ahinca muy mal.  
 El azor con grande cuita—metióse so mi brial;  
 el aguililla con grande ira—de allí lo iba á sacar;  
 con las uñas lo despluma,—con el pico lo deshace.—  
 Allí habló su camarera,—bien oiréis lo que dirá:  
 —Aquese sueño, señora,—bien os lo entiendo soltar:  
 el azor es vuestro esposo,—que viene de allen la mar;  
 el águila sedes vos,—con la cual ha de casar,  
 y aquel monte es la iglesia—donde os han de velar.  
 —Si así es, mi camarera,—bien te lo entiendo pagar.—  
 Otro día de mañana—cartas de fuera le traen;  
 tintas venian de dentro,—de fuera escritas con sangre,  
 que su Roldan era muerto—en la caza de Roncesvalles.

(Canc. de Rom. 1550. f. 102.)

185.

(La batalla de Roncevalles.—III.)

**Romance que dicen: Por la matanza va el viejo.**

Por la matanza va el viejo (1),—por la matanza adelante;  
 los brazos lleva cansados—de los muertos rodear:  
 vido á todos los franceses—y no vido á don Beltran.  
 Siete veces echan suertes—quién le volverá á buscar;  
 echan las tres con malicia,—las cuatro con gran maldad:  
 todas siete le cupieron—al buen viejo de su padre (2).  
 Vuelve riendas al caballo,—y él se lo vuelve á buscar,  
 de noche por el camino,—de día por el jaral.  
 En (3) la entrada de un prado,—saliendo de un arenal,  
 vido estar en esto un moro—que velaba en un (4) adarve:  
 hablóle en algarabía,—como aquel que bien la sabe (5):  
 —Caballero de armas blancas,—¿si lo viste acá pasar?  
 si le tienes preso, moro,—á oro te le pesarán,  
 y si tú le tienes muerto—démelo para enterrar,  
 porque el cuerpo sin el alma—muy pocos dineros vale (6).  
 —Ese caballero, amigo,—díme tú, ¿qué señas ha?  
 —Armas blancas son las tuyas,—y el caballo es alazan,  
 y en el carrillo derecho—él tenía una señal,  
 que siendo niño pequeño—se la hizo un gavilan.  
 —Ese caballero, amigo,—muerto está en aquel pradal;

(1) Que por este verso empezó el romance primitivo, confirma el otro, «contrahaciéndolo», que dice:  
 «Por la dolencia va el viejo».

(2) «Á su buen padre carnal»  
*Floresta.*

(3) «A.» *Silva.*

(4) «El.» *Silva.*

(5) En la *Silva* van intercalados después de este verso los dos siguientes:

«—Digasme tú, el morico,  
 lo que quiero preguntar.»

(6) «Muy poco debe costar.» *Floresta.*

dentro del (1) agua los piés,—y el cuerpo en un arenal:  
 siete lanzadas tenía,—pásanle de parte á parte (2).

(*Canc. de Rom. s. a. f. 188.—Silva de 1550. t. I. f. 112.*  
*Floresta de var. rom.*)

185 a.

(La batalla de Roncevalles.—IV.)

(Al mismo asunto.)

En los campos de Alventosa—mataron á don Beltran,  
 nunca lo echaron ménos—hasta los puertos pasar.  
 Siete veces echan suertes—quién lo volverá á buscar;  
 todas siete le cupieron—al buen viejo de su padre;  
 las tres fueron por malicia,—y las cuatro con maldad.  
 Vuelve riendas al caballo,—y vuélveselo á buscar  
 de noche por el camino,—de día por el jaral.  
 Por la matanza va el viejo,—por la matanza adelante;  
 los brazos lleva cansados—de los muertos rodear:  
 no hallaba al que busca,—ni ménos la su señal;  
 vido todos los franceses—y no vido á don Beltran.  
 Maldiciendo iba el vino (3),—maldiciendo iba el pan,  
 el que comian los moros,—que no el de la cristiandad:  
 maldiciendo iba el árbol—que solo en el campo nasce,  
 que todas las aves del cielo—allí se vienen á asentar,  
 que de rama ni de hoja—no la dejaban gozar:  
 maldiciendo iba el caballero,—que cabalgaba sin paje;  
 si se le cae la lanza—no tiene quien se la alce,  
 y si se le cae la espuela—no tiene quien se la calce:  
 maldiciendo iba la mujer—que tan solo un hijo pare;  
 si enemigos se lo matan—no tiene quien lo vengar.

(1) «Dentro en el.» *Silva. Floresta.*

(2) «Cada una era mortal.» *Floresta.*

(3) Desde aquí hasta «No tiene quien lo vengar», es un trozo copiado del que dice: «Asentado está Gaiferos».

A la entrada de un puerto,—saliendo de un arenal,  
 vido en esto estar un moro—que velaba en un adarve:  
 hablóle en algarabía,—como aquel que bien la sabe:  
 —Por Dios te ruego, el moro,—me digas una verdad:  
 caballero de armas blancas—si lo viste acá pasar,  
 y si tú lo tienes preso,—á oro te lo pesarán,  
 y si tú lo tienes muerto—démelo para enterrar,  
 pues que el cuerpo sin el alma—solo un dinero no vale.  
 —Ese caballero, amigo,—dime tú qué señas trae.  
 —Blancas armas son las tuyas,—y el caballo es alazan,  
 y en el carrillo derecho—él tenía una señal,  
 que siendo niño pequeño—se la hizo un gavilan.  
 —Este caballero, amigo,—muerto está en aquel pradal;  
 las piernas tiene en el agua,—y el cuerpo en el arenal:  
 siete lanzadas tenía—desde el hombro al carcañal,  
 y otras tantas su caballo—desde la cincha al pretal.  
 No le des culpa al caballo,—que no se la puedes dar;  
 que siete veces lo sacó—sin herida y sin señal,  
 y otras tantas lo volvió—con gana de pelear.

(Canc. de Rom. 1550. f. 193 (1).)

(1) De este romance hay también una versión portuguesa, que con el título de «Dom Beltrão», ha publicado el Sr. Almeida-Garrett en su *Romanceiro* (tomo II, pág. 234). Notable es la conclusión de esta versión, desde la respuesta del moro:

—Esse cavalleiro, amigo,  
 morto está n'esse pragal,  
 com as pernas dentro d'agua,  
 o corpo no areal  
 Sette feridas no peito  
 a qual será mais mortal:  
 por uma lhe entra o sol,  
 por outra lhe entra o luar,  
 pela mais pequena d'ellas  
 um gavião a voar.  
 —Não torno culpa a meu filho,  
 nem aos moiros de o mattar;  
 torno a culpa ao seu cavallo  
 de o não saber retirar.—

Milagre! quem tal diria,  
 quem tal poderá contar!  
 O cavallo meio morto  
 alli se pôs a fallar:  
 —Não me tornes essa culpa,  
 que m'a não podes tornar:  
 tres vezes o retirei,  
 tres vezes para o salvar:  
 tres me deu de espora e redea  
 co'a sanha do pelear.  
 Tres vezes me apertou cilhas,  
 me alargou o peitoral...  
 á terceira fui a terra  
 d'esta ferida mortal.

186.

(La batalla de Roncevalles.—V.)

### Romance del conde Guarinos Almirante de la mar: trata cómo lo cativaron los moros.

¡Mala la vistas, franceses,—la caza de Roncevalles!  
 Don Carlos perdió la honra,—murieron los doce pares,  
 cativaron á Guarinos—almirante de las mares:  
 los siete reyes de moros—fuéron en su cativar.  
 Siete veces echan suertes—cuál de ellos lo ha de llevar;  
 todas siete le cupieron—á Marlotos el infante.  
 Más lo preciara Marlotos—que Arabia con su ciudad.  
 Dícele de esta manera,—y empezóle de hablar:  
 —Por Alá te ruego, Guarinos,—moro te quieras tornar;  
 de los bienes de este mundo—yo te quiero dar asaz.  
 Las dos hijas que yo tengo—ambas te las quiero dar,  
 la una para el vestir,—para vestir y calzar,  
 la otra para tu mujer,—tu mujer la natural.  
 Darte he en arras y dote—Arabia con su ciudad;  
 si mas quisieses, Guarinos,—mucho mas te quiero dar.—  
 Allí hablara Guarinos,—bien oiréis lo que dirá:  
 —¡No lo mande Dios del cielo—ni Santa María su Madre,  
 que deje la fe de Cristo—por la de Mahoma tomar,  
 que esposa tengo en Francia,—con ella entiendo casar!—  
 Marlotos con gran enojo—en cárceles lo manda echar  
 con esposas á las manos—porque pierda el pelear;  
 el agua fasta la cinta—porque pierda el cabalgar;  
 siete quintales de fierro—desde el hombro al calcañar.  
 En tres fiestas que hay en el año—le mandaba justiciar;  
 la una Pascua de Mayo,—la otra por Navidad,  
 la otra Pascua de Flores,—esa fiesta general.  
 Vanse dias, vienen dias,—venido era el de Sant Juan,  
 donde cristianos y moros—hacen gran solemnidad.

Los cristianos echan juncia,—y los moros arrayan;  
 los judíos echan eneas—por la fiesta más honrar.  
 Marlotos con alegría—un tablado mandó armar,  
 ni mas chico ni mas grande,—que al cielo quiere llegar.  
 Los moros con alegría—empiézanle de tirar :  
 tira el uno, tira el otro,—no llegan á la mitad.  
 Marlotos con enconía—un plegon mandara dar,  
 que los chicos no mamasen,—ni los grandes coman pan,  
 fasta que aquel tablado—en tierra haya de estar.  
 Oyó el estruendo Guarinos—en las cárceles do está :  
 —¡Oh válasme Dios del cielo—y Santa María su Madre!  
 ó casan hija de rey,—ó la quieren desposar,  
 ó era venido el dia—que me suelen justiciar.—  
 Oídolo ha el carcelero—que cerca se fué á hallar :  
 —No casan hija de rey,—ni la quieren desposar,  
 ni es venida la Pascua—que te suelen azotar;  
 mas era venido un dia,—el cual llaman de Sant Juan,  
 cuando los que están contentos—con placer comen su pan.  
 Marlotos de gran placer—un tablado mandó armar;  
 el altura que tenia—al cielo quiere allegar.  
 Hanle tirado los moros,—no le pueden derribar;  
 Marlotos de enojado—un plegon mandara dar,  
 que ninguno no comiese—fasta habello de derribar.—  
 Allí respondió Guarinos,—bien oiréis qué fué á hablar :  
 —Si vos me dais mi caballo,—en que solia cabalgar,  
 y me diésedes mis armas,—las que yo solia armar,  
 y me diésedes mi lanza,—la que solia llevar,  
 aquellos tabladlos altos—yo los entiendo derribar,  
 y si no los derribase—que me mandasen matar.—  
 El carcelero que esto oyera—comenzóle de hablar :  
 —¡Siete años habia, siete,—que estás en este lugar,  
 que no siento hombre del mundo—que un año pudiese estar,  
 y aun dices que tienes fuerza—para el tablado derribar!  
 Mas espera tú, Guarinos,—que yo lo iré á contar  
 á Marlotos el infante—por ver lo que me dirá.—  
 Ya se parte el carcelero,—ya se parte, ya se va;

como fué cerca del tablado—á Marlotos fué á hablar :  
 —Unas nuevas vos traia—querais melas escuchar :  
 sabé que aquel prisionero—aquesto dicho me ha :  
 que si le diesen su caballo,—el que solia cabalgar,  
 y le diesen las sus armas,—que él se solia armar,  
 que aquestos tabladlos altos—él los entiende derribar.—  
 Marlotos de que esto oyera—de allí lo mandó sacar;  
 por mirar si en caballo—él podria cabalgar,  
 mandó buscar su caballo,—y mandáraselo dar,  
 que siete años son pasados—que andaba llevando cal.  
 Armáronlo de sus armas,—que bien mohosas están.  
 Marlotos desque lo vido—con reir y con burlar  
 dice que vaya al tablado—y lo quiera derribar.  
 Guarinos con grande furia—un encuentro le fué á dar,  
 que mas de la mitad dél—en el suelo fué á echar.  
 Los moros de que esto vieron—todos le quieren matar;  
 Guarinos como esforzado—comenzó de pelear  
 con los moros, que eran tantos,—que el sol querian quitar.  
 Peleara de tal suerte—que él se hubo de soltar,  
 y se fuera á su tierra—á Francia la natural :  
 grandes honras le hicieron—cuando le vieron llegar.

(Canc. de Rom. s. a. f. 100.—Canc. de Rom. 1550. f. 99.)

187.

## ROMANCES DE REINALDOS

**Romance de don Roldan de cómo el emperador Carlos lo desterró de Francia, porque volvía por la honra de su primo don Reinaldos.—I.**

Dia era de Sant Jorge,—dia de gran festividad;  
 aquel dia por mas honor—los doce se van á armar

para ir con el emperador—y haberle de acompañar.  
 Todos vinieron de grado—con un placer singular,  
 sino el bueno de Reinaldos,—que se estaba en Montalvan,  
 y no se halló al presente—en la tal festividad.  
 Allí todos los caballeros—por traidor le van reptar.  
 Esto causó Galalon,—porque le quería mal;  
 revolvióle con el emperador,—con los doce otro que tal.  
 Mucho le pesó á Roldan—de vello así maltratar,  
 fué para el emperador—de priesa y no de vagar,  
 habló con voz enojada,—al emperador fué á hablar :  
 —¡Mucho me pesa, señor, — de ello tengo gran pesar,  
 que á Reinaldos en ausencia—tan mal le quieran tratar;  
 y si tal cosa pasase—la vida me ha de costar!—  
 El emperador con gran enojo—que habia de lo escuchar,  
 alzó la mano con saña,—un bofetón le fuera dar,  
 porque otra vez no fuese osado—al emperador así hablar.  
 Mucho se enojó de aquesto—el bueno de don Roldan;  
 allí hizo juramento—encima de un altar,  
 en los días que viviese—en Francia jamas entrar,  
 hasta que de todos los doce—él se hubiese de vengar.  
 Ya se parte don Roldan,—ya se parte, ya se va  
 solo con un pajecico—que le solía acompañar.  
 A sus jornadas contadas—á España fuera llegar.  
 Andando por sus caminos—á su ventura buscar,  
 encontró un moro valiente,—cerca estaba de la mar.  
 Guarda era de una puente—que á nadie deja pasar,  
 sino por fuerza ó por grado—con él habia de pelear,  
 porque su señor el rey—así se lo fuera á mandar :  
 que hombre que viniese armado—no lo dejase pasar :  
 ó que dejase las armas,—ó en el reino no habia de entrar.  
 Don Roldan con gran enojo—que habia de lo escuchar,  
 hablóle muy mesurado,—tal respuesta le fué á dar :  
 —Que ántes las defendería—que no habellas de dejar,  
 porque nadie fuese osado—de las armas le quitar,  
 que no le costase la vida—al ménos, ménos costar. —  
 Allí le hablara el moro—bien oiréis lo que dirá :

—Pues así queréis (1), caballero,—luego se haya de librar,  
 que ó vos las (2) dejaréis,—ó yo quedaré con mal.—  
 Luego abajaron las lanzas,—fuéronse ambos á encontrar.  
 A los primeros encuentros—las lanzas quebrado han :  
 echan mano á las espadas—de priesa y no de vagar :  
 ¡tan fuertes golpes se daban—que era cosa de mirar!  
 Alzó el moro su espada,—á don Roldan fué acertar  
 encima de la cabeza,—que lo hizo arodillar :  
 don Roldan que aquesto vido—tal golpe le fuera á dar,  
 que de la grande herida—luego fué á desmayar.  
 —Dí, moro, ¿qué has sentido?—¿Ya no curas de hablar?  
 —He sentido un airecito (3)—que por medio me fué á pasar.  
 Don Roldan le dijo luego,—bien oiréis lo que dirá :  
 —Que maldito fuese el hombre—que no sentia su mal.  
 Cálzate ya esa espuela—que se te quiere quitar.—  
 Abajóse á mirar la espuela—no se pudo levantar :  
 murió luego prestamente—sin mas un punto pasar.  
 Quitóle luego las armas—el bueno de don Roldan,  
 tambien le quitó los vestidos,—los suyos le fué á dejar (4),  
 un sayo de cuatro cuartos—con que solía caminar,  
 y con un su pajecico—á Francia lo fué enviar.  
 Armado y con sus vestidos—parecia á don Roldan :  
 díjole que lo llevase—adonde doña Alda está,  
 y dijese que era su esposo,—que le hiciese enterrar.  
 Desde que el paje fué llegado—á Paris esa ciudad,  
 mostráraselo á doña Alda—con gran angustia y pesar.  
 Desde que vido el cuerpo muerto—pensó que era don Roldan;  
 los llantos que ella hacia—dolor era de mirar.  
 Por él lloraban los doce,—el emperador otro que tal,  
 llórale toda la corte,—el comun en general.  
 Arzobispos y perlados,—cuantos en la corte están,

(1) «Querais.» *Canc. de Rom.*  
 s. a. y 1550.

(2) «La.» *Canc. de Rom.* s. a.  
 y 1550.

(3) «Acerito.» *Canc. de Rom.* s.  
 a. y 1550.

(4) «Dar.» *Silva.*

con mucho pesar y tristeza—lo llevaron á enterrar.  
 Don Roldan muy bien armado—con las armas que fué á to-  
 fuérase para las tiendas—do el rey moro suele estar. [mar,  
 Era el rey moro mancebo—ganoso de pelear :  
 de los doce pares de Francia—él se queria vengar.  
 Recibióle con mucha honra—allí amor le fué á mostrar,  
 pensando que era el moro valiente—que los reinos solía guar-  
 Dijole cómo en la puente—habia muerto á don Roldan. [dar.  
 El rey luego en aquel dia—á Francia lo fué á enviar :  
 dióle luego mucha gente,—hízole su capitan  
 para ir á buscar los doce—y con ellos pelear.  
 Ya se parte don Roldan—á Paris á la cercar :  
 los moros que van con él—pensaban en su pensar  
 que era el moro valiente—que los reinos solía guardar.  
 Envían luego mensajeros—á Paris, esa ciudad,  
 ya despues de allegados,—asentado su real,  
 que presto y sin dilacion—se le diese la ciudad,  
 ó los doce salgan luego—si por armas se ha de librar.  
 Respondió el emperador,—bien oiréis lo que dirá :  
 —Que le placia (1) de buen grado—de los doce allá enviar.—  
 Para un dia señalado—concertaron el pelear :  
 aquel dia salieron los doce—al campo para lidiar.  
 Los caballos llevan holgados,—no se hartan de relinchar;  
 con una furia muy grande—en los moros se van lanzar.  
 Hácese una batalla—muy cruel en la verdad;  
 mas los moros eran muchos—todos los fuéron captivar,  
 y tambien á Galalon,—así mesme otro que tal.  
 ¡Gran deshonra es de los doce—en dejarse así tomar!  
 Visto lo ha el emperador—desde su palacio real,  
 mandó llamar sus caballeros—para su consejo tomar.  
 —Ya sabeis que don Reinaldos—es buen vasallo real,  
 y es uno de los doce,—de los buenos el principal;  
 siempre miró por mi honra,—por mi corona imperial;  
 pues los doce le han reptado,—yo le quiero perdonar.—

(1) «Place.» *Silva.*

Todos holgaron muy mucho—de lo que el emperador fué á  
 [hablar.

Envían luego á don Reinaldos—á do estaba Montalvan,  
 que viniese luego á Paris—para con el moro pelear,  
 porque era cosa que cumplía—á su alta Majestad,  
 y tambien porque en Francia—no le hay mas singular.  
 Ya se parte don Reinaldos—donde los moros están :  
 con aquel moro valiente,—con él iba á pelear.  
 Consigo lleva á doña Alda—la esposica de Roldan;  
 mas bien sabia don Reinaldos—bien sabia la verdad,  
 que aquel moro valiente—era su primo don Roldan,  
 que un tio que tenia—le dijera la verdad;  
 que por arte de nigromancia—él lo fuera á hallar,  
 que don Roldan era vivo,—y como estaba en el real,  
 el cuerpo que á Paris trajeron—era un moro que fué á matar:  
 y andando por sus jornadas—al campo fuéron á llegar,  
 armóse luego don Reinaldos—para con el moro pelear :  
 á los primeros encuentros—los primos conocido se han.  
 Conociéronse entrambos—en el aire del pelear :  
 cuando iban á encontrarse,—las lanzas desviado han;  
 dejado han caer las armas,—al suelo las fuéron á echar;  
 vanse con mucho amor—el uno al otro abrazar;  
 allí hubieron gran placer,—olvidado han el pesar.  
 Mandó llamar á los moros—á todos hizo juntar  
 para dalles la razón—de lo que queria hablar :  
 —Vosotros teneis á los doce,—yo los fuera á captivar;  
 yo no siento ninguno—con quien haya de pelear,  
 si no con este hombre solo,—pues vergüenza me será.—  
 Don Roldan y don Reinaldos—comienzan á pelear;  
 tantos matan de los moros,—¡maravilla es de mirar!  
 Despues de muertos los moros,—y de todos los matar,  
 fué Roldan á su esposica—con ella placer llorar.  
 Cuando lo vido doña Alda,—de placer queria llorar,  
 las alegrías que hacen—no se podrian contar.  
 Vanse luego á Paris—al emperador consolar;  
 cuando el emperador supo—que venia don Roldan,



con toda la caballería—salió fuera de la ciudad. [gar (1)]  
 —¡Bien vengais vos, mi sobrino,—¡bueno sea vuestro lle-  
 gran placer tengo de veros—vivo y sano en verdad!—  
 Grandes fiestas se hacían—que no se pueden contar :  
 allí iban todos los doce - que á la mesa comen pan :  
 todos hubieron placer—de la venida de don Roldan.

(Canc. de Rom. s. a. f. 78.—Canc. de Rom. 1550. f. 77-  
 Silva de 1550, t. II. fol. 177 (2).)

188.

(Reinaldos.—II.)

### Romance de don Reinaldos de Montalvan.

Estábase don Reinaldos—en París, esa ciudad,  
 con su primo Malgesi—que bien sabe adivinar.  
 Estábase preguntando,—él le quería demandar :  
 —Primo mio, primo mio,—primo mio natural,  
 mucho os ruego de mi parte—me lo queráis otorgar,  
 pues que de nigromancia—es vuestro saber y alcanzar,  
 que me digáis una cosa—que vos quiero demandar :  
 la mas linda mujer del mundo—¿adónde la podría hallar?  
 —Pláceme, dijo, mi primo,—pláceme de voluntad.—  
 Luego mandó á un espíritu (3)—que le dijese la verdad,

(1) Buena sea vuestra llegada. *Silva*.

(2) Al mismo asunto se halla en las ediciones posteriores de la *Silva* y en la *Floresta* otro romance que dice : «En Francia la noblecida». Este romance no es más que una imitación del nuestro, hecha con un tanto más de cuidado y artificio, y probablemente ya por un poeta artístico, ó que aspiraba á serlo, el cual se ha permitido interpolaciones, para hacer alarde de su conocimiento de los poemas épicos italianos. Así ha añadido una larga introducción y de diferente asonancia (hasta el verso que dice : «guarda era de una puente», con el asonante en a o), al paso que ha copiado trozos enteros de nuestro romance.

(3) «Espíritu.» *Silva*.

se la trajese delante—prestó sin mas detardar.  
 El, como era apremiado,—hizo luego su mandar,  
 que el rey moro Aliarde—tenía una hija de poca edad,  
 que en el mundo no había otra—que fuese con ella igual.  
 Tiene su reino muy lejos,—tiénelo allende la mar,  
 en tierras muy apartadas—que no eran para conquistar.  
 Reinaldos desde esto supo—no quiso mas aguardar;  
 pidió licencia al emperador,—él se la fué luego á dar :  
 no se la diera de grado,—mas contra su voluntad,  
 que se quería ir á los reinos,—que estaban allende el mar,  
 del rey moro Aliarde,—para con su hija hablar.  
 Despidióse del emperador,—de los doce otro que tal.  
 Ya se parte don Reinaldos,—ya se parte, ya se va,  
 ibase para los reinos—que están allende la mar :  
 con él iba un pajecico—que lo solía acompañar.  
 Andando por sus jornadas—al reino fué á llegar;  
 fuérase para la villa—do el rey moro suele estar :  
 hallólo en sus palacios—que se quería armar,  
 porque así lo acostumbraba—por mas se asegurar,  
 y luego que hubo llegado—el rey le fué saludar :  
 —¿De dónde es vuestra venida?—¿O cómo os soledes nom-  
 —Señor, soy un caballero,—de Francia es mi natural : [brar?  
 desterróme el emperador;—de Francia no puedo entrar;  
 por eso vengo á servir—á tu Alteza real.  
 —Pues que venís muy cansado—de tan largo caminar,  
 reposad en mi palacio,—que podréis (1) bien descansar.—  
 Don Reinaldos pidió un laud,—que lo sabía bien tocar,  
 ya comienza de tañer,—muy dulcemente á cantar,  
 que todo (2) hombre que lo oía—parecía celestial.  
 Bien lo oía la infanta,—y holgaba de lo escuchar.  
 Desde lo vió tan gracioso—de gracias muy singular,  
 el amor que nunca cesa—en ella fué aposentar.  
 Tales fuéron sus amores—que no los podía encelar :

(1) «Podeis.» *Silva*.

(2) «Á todo.» Las eds. posts. del *Canc. de Rom.*